

DESDE MI SITIAL

Luis A. Riveros

www.profesorluisriveros.cl

DECADENCIA DE LOS VALORES REPUBLICANOS

A lo largo de su historia reciente, Chile ha sufrido marcada decadencia en valores fundamentales de la República, proceso extrovertido en una sociedad fraccionada, atestada de desconfianzas y marcada por esperanzas deshechas. Es hora de pensar la forma de restaurarlos con la mirada propia del siglo XXI, para trazar una institucionalidad digna de un mejor camino de desarrollo económico y social. Nuestro país empleó ingentes esfuerzos en la construcción Republicana, para así encauzar el sentimiento nacional hacia la más plena integración de su población, en un ambiente libertario, con mirada a futuro, con una efectiva institucionalidad laica, con respeto a la diversidad y con tolerancia en las ideas. Esa verdadera cultura Republicana predominó en el hacer político de la mayor parte del siglo XX, y sólo resultó desatendida cuando empezó a campear el sectarismo, la intolerancia y la persecución a las ideas y conculcación de la libertad. Con la recuperación de la democracia hubo prácticas extendidas y cambios no abordados que han mantenido aletargados los valores que deben enmarcar el tránsito de un país con mirada de progreso en una verdadera integración de inspiración republicana. La política dejó de ser un valor trascendental de la República para transformarse en una actividad meramente operativa, sin mirada a futuro ni ideas trascendentales y sin el ascendiente que debe tener para oír y encauzar el sentimiento ciudadano. La clase media se encuentra abandonada a su suerte, entre un mercado que la explota y un Estado más bien ausente, mientras que una ciudadanía empoderada exige una mejor calidad de vida.

La Igualdad ante la ley y el acatamiento a la institucionalidad fue siempre un fundamento de la vida Republicana. Por eso, desde tempranos tiempos, la República impulsó la integración plena del país, a través de espacios geográficos, estratos sociales y etnias diversas, para que todos tuviesen cabida igualitaria y pudiesen así tomarse en cuenta distintos sentimientos e iniciativas. No fue ése un proceso fácil ni exento de errores y retrocesos, pero prevaleció siempre la visión de país con sentido pleno de Nación. Al carecerse en los días presentes de una perspectiva de país de futuro, el propósito de integración nacional se ha debilitado gravemente. Por una parte, las Regiones mantienen el reclamo por su situación de rezago en materias económicas y sociales, persistiendo un impugnable centralismo que, como cultura de gestión del Estado, ha venido creciendo. También el sentido de cohesión nacional se ha desdibujado, cuando en la Araucanía cunde la protesta contra el Estado chileno y cuando hay síntomas de separatismo que amenazan a la nacionalidad. Y también la desintegración del país se produce por la falta de políticas sociales, manteniéndose virtualmente segregada a porciones importantes de la población. Con una salud pública incapaz de proveer los servicios que requiere una población que sufre y espera prestaciones que nunca llegan y hacen cundir un sentimiento de abandono. Con pensiones que presentan un inaceptable rezago, y mantiene a un enorme segmento de la sociedad en condiciones paupérrimas después de una vida entera de trabajo. Con una educación que distingue por clases, estando la de mejor calidad reservada para una elite social y económica, y donde la educación pública dejó de cumplir su importante rol como referente de calidad e instrumento de movilidad social. Los esfuerzos de integración nacional que fueron simbolizados por la fundación

de la Universidad de Chile y la Escuela Normal Preceptores, como más tarde con el desarrollo de la salud pública, la cobertura de la educación primaria y de la técnica, y el mayor acceso de los trabajadores a salud, previsión y capacitación, se han ido desdibujando. Por eso cunde una insatisfacción que no es debidamente encauzada ni comprendida, pero que es urgente atender.

Pero también el país dedicó grandes esfuerzos a la construcción de libertad. No fue sólo aquella relativa al ejercicio político democrático, sino también el cultivo de la libertad de opción, pensamiento y expresión. Una libertad que permitía elegir, que contaba con el respaldo necesario del Estado y que ocurría en un marco transparente y eficiente, inspirado en valores laicos y tolerantes. La libertad que conllevó la República fue amplia y diversa, y también introdujo la separación de asuntos de iglesias de aquellos del Estado, para que nada llevara a confundir la plena vigencia de las ideas sólo sometidas al valor que le otorga la conciencia y el conocimiento. Una libertad que acentuaba derechos sociales, pero que también ponía de relieve los deberes necesarios de cumplir para que el sistema pudiese diseñar un desarrollo balanceado.

También la República implicó un Estado efectivo, capaz de encarnar soluciones justas y equilibradas. Un Estado al que se servía con desinterés, puesto que ese era el espacio por medio del cual se servía a la sociedad en su conjunto. Y fue significativa la pléyade de gobernantes, Parlamentarios, Jueces y funcionarios del Estado en sus distintas jerarquías y responsabilidades, que ejercieron su tarea con eficiencia, honestidad y compromiso. Eso ya no es así. Parece que al Estado muchos llegan a servirse, mientras otros utilizan sus altas responsabilidades para cometer ilícitos, que tienen por raíz común el financiarla propia actividad política y también la personal. El Estado se ha caracterizado más por servidores con compromiso político, que unos con alto compromiso ciudadano y capacidad de gestión de lo público; con ello se ha minimizado el sentido de servicio y la entrega de mejores resultados a la ciudadanía. Se necesita recuperar un Estado socialmente más eficiente, en que la política sea un medio para crear bienestar social, para iluminar con ideas, para construir compromiso para escuchar y encauzar el sentimiento ciudadano. Se necesita un Estado que provea soluciones que hoy día se entregan al arbitrio privado a través de un sobredimensionado sistema de concesiones.

La República tenía también como esencia idearía una mirada siempre trascendente hacia el futuro. Así se crearon las grandes instituciones del país, como las propias universidades estatales, como un sistema de educación pública que maduró para ser de beneficio inmenso para el país y su encuentro social. Así se gestionaron las grandes instituciones como el Banco central, el Banco del Estado, la CORFO y todas sus empresas, semilleros de servicio al país. Una mirada al futuro que era evidente en las decisiones que se tomaban en materia de educación, siempre proyectando más allá de la década, nunca comprometiendo acciones cortoplacistas con inmediato futuro en lo comunicacional solamente. Era un país con mirada trascendente aquél de la República añorada, en que el debate de ideas conducía hacia un encuentro que era posible en la medida que se elevaba la mirada en el tiempo, y anteponiendo resultados esperados de largo plazo a cualquiera otra consideración.

A los esfuerzos restauradores de aquellos valores que lograron construir Chile, se antepone la crisis de confianza que ha ido creciendo en nuestra ciudadanía. Políticos que se ven presa del financiamiento irregular de sus actividades y la falta de un discurso coherente y superior. Autoridades que están más bien creando un capital electoral que practicando el espíritu de

brindar un servicio justo a una ciudadanía que espera ansiosa. Líderes espirituales acusados de actos horrendos contra la dignidad humana, y que lesionan gravemente su trascendente rol formador y conductor. Una crisis de instituciones públicas que han ido perdiendo esa noción tan básica en la República de antaño que residía en la vocación de servicio público, como también lo era el compromiso formativo de sucesivas generaciones. Crisis que se extiende a la iniciativa privada que lucra inadecuadamente con exacciones indebidas a sus clientes y consumidores. Organizaciones de trabajadores que defienden sus derechos pero que lo hacen a pesar del enorme daño que causan a una población indefensa. Todo esto, y más, han conducido a la crisis institucional y moral que vive la sociedad chilena.

“Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad”. Estas palabras que hace un siglo atrás presentara don Enrique Maclver son relevantes a lo que hoy vive la sociedad chilena. Necesitamos rescatar esos valores Republicanos erosionados o simplemente perdidos. Tenemos que aprovechar la instancia de un debate sobre la institucionalidad, para establecer los fundamentos de la verdadera reconstrucción moral y política del país, a la luz de su historia, de sus tradiciones y con mirada trascendente puesta en el futuro. No hacerlo, significará dejar al presente estado de cosas el arreglo del futuro, que no será así más que un camino permanente de desencuentro y frustración.